

Reseñas de libros

HISTORIA

ATOMIC DIPLOMACY: HIROSHIMA AND POTSDAM: The Use of the Atomic Bomb and the American Confrontation with Soviet Power. Gar Alperovitz. Londres: Secker and Warburg. 1966. 317 p. Bibliografía. Índice. £ 1.15.0.

Pocas cosas son tan importantes para un diplomático o un político —y aun para el humilde estudioso de los asuntos internacionales— como una amplia compenetración con la historia contemporánea. Es imposible entender los problemas y las tensiones de hoy sin un conocimiento detallado de lo que les precedió. Aún así y a menudo, el político usa y desvía la historia de acuerdo con sus propios fines. En estos casos, el historiador académico tiene grandes problemas al investigar en las enormes montañas de propaganda para encontrar unos cuantos granos de verdad, y en ningún campo de investigación es esta tarea más difícil que cuando se trata de llegar a los verdaderos orígenes de la guerra fría.

El Dr. Gar Alperovitz, en su libro *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam*, se ocupa de lo que él llama "el uso de la bomba atómica y la confrontación norteamericana con el poder soviético". Pero de su descripción detallada de los sucesos que tuvieron lugar durante los cuatro meses que mediaron entre la muerte de Roosevelt en abril de 1945 y la caída de la primera bomba atómica en Hiroshima en agosto, emerge una visión de conjunto de este período considerablemente distinta de la que se tiene

comúnmente. Y esta imagen —como señala el mismo Dr. Alperovitz— "sugiere evidentemente un nuevo punto de partida para las interpretaciones de la guerra fría". Su tesis principal es que la bomba atómica desempeñó un papel crucial en la formulación de la política norteamericana durante los primeros vitales meses de la Administración de Truman, pero también llega a la conclusión de que Truman "alteró radicalmente la política de Roosevelt". Mientras Roosevelt había seguido una política conciliatoria con los rusos, Truman —que se sintió más seguro al contar con la bomba atómica— pensó que podía permitirse ser duro. La conclusión implícita en el libro de Alperovitz es sorprendente. Lejos de ser los rusos los que empezaron la guerra fría al implantar regímenes satélites en Europa Oriental y mostrándose poco cooperativos en las conferencias internacionales, fueron en realidad los Estados Unidos los que tomaron la iniciativa al tratar de contrarrestar el control soviético en aquellos países que Rusia consideraba dentro de su esfera de influencia.

Los historiadores anteriores de este período se han dejado engañar por el hecho de que Truman, en el caso de Polonia, pareció ceder a las demandas rusas, o más bien, aceptó el acuerdo que había sido firmado en Yalta. Este parecía ser evidentemente un ejemplo de que Truman estaba siguiendo los pasos de Roosevelt. Pero, en realidad, como señala el Dr. Alperovitz, Truman comenzó tomando una actitud sumamente dura —a

lo Churchill— sobre Polonia. El problema en discusión era la reorganización del gobierno polaco que había sido establecido bajo los auspicios soviéticos inmediatamente después de la marcha del Ejército Rojo hacia el Oder y la frontera alemana. En Yalta se había acordado que el gobierno de Varsovia apoyado por los soviéticos que "ahora funciona en Polonia" sería "reorganizado" para formar un "nuevo" gobierno, al que se sumarían los líderes políticos polacos con simpatías hacia Occidente. La redacción era vaga, y lo que había en el fondo del problema era esto. Stalin sugirió que el "precedente yugoslavo" debería seguirse en Polonia, lo que significaba que aproximadamente sólo un 20 por ciento del nuevo gobierno polaco estaría orientado hacia Occidente. Esto era inaceptable para los norteamericanos y Truman. —apremiado por Averell Harriman, Embajador de los Estados Unidos en Moscú, que pensaba que había que adoptar una postura firme frente a Rusia con respecto al futuro de Polonia— tomó una actitud demasiado dura hacia Molotov, Ministro de Relaciones Exteriores ruso, usando un lenguaje que no fue "en lo más mínimo diplomático". En una entrevista celebrada apenas once días después de la muerte de Roosevelt, Truman declaró que los Estados Unidos sólo pedían que la Unión Soviética cumpliera sus acuerdos. Molotov debería entender claramente que sólo se podría contar con la cooperación norteamericana sobre esas bases y en absoluto sobre una base unilateral. "Nunca en mi vida me habían hablado de esta manera", declaró Molotov. "Cumpla con lo convenido y no le

hablarán así otra vez", respondió Truman.

Los asesores de Truman se sintieron felices con este desafío y casi unánimemente creyeron que era tal el peso del poder económico americano, que la Unión Soviética se vería forzada a ceder. Sin embargo, estaban en realidad equivocados. Stalin ignoró la dureza de Truman y siguió apoyando al gobierno que se había formado en Polonia y que se consolidó en consecuencia en el poder.

Después de este fracaso diplomático, la política de Truman cambió de rumbo y varió hacia lo que —por lo menos superficialmente— parecía la antigua táctica conciliadora de Roosevelt. Harry Hopkins, ayudante de Roosevelt en asuntos exteriores, fue enviado a Moscú, donde se llegó a un acuerdo sobre Polonia con los rusos. Se decidió que el gobierno existente en Varsovia debería tener catorce de los veintiún sillones del nuevo gabinete. Los otros siete serían para los polacos con orientación occidental.

¿Por qué cambió Truman de táctica? En el libro del Dr. Alperovitz la respuesta se da de una manera muy clara. Los consejeros de Truman creían que la bomba atómica le daría a Estados Unidos toda la influencia diplomática que necesitaba. Como declaró el nuevo Secretario de Estado, James Byrnes, la bomba atómica podría "ponernos en una posición tal que, al final de la guerra, se haría lo que nosotros quisiéramos". Así pues, en tanto los Estados Unidos estaban dispuestos a hacer una concesión táctica a los rusos en lo que atañía a Polonia, sus ambiciones eran mucho más amplias: la posibilidad de influir en los acontecimientos en to-

da la Europa Oriental ocupada por los rusos. Para esto era necesario realizar con pleno éxito una prueba atómica y una demostración de sus efectos en el Japón: "James B. Conant sugirió —y Stimson (Secretario de la Defensa) estuvo de acuerdo— que el mejor blanco sería una fábrica de guerra importante con gran cantidad de trabajadores y que estuviera rodeada por las casas de esos trabajadores". Y la bomba atómica, como Truman le dijo a Stimson, "sería el factor más importante para lograr que se resolvieran favorablemente no sólo el caso polaco, sino los problemas de Rumania, Yugoslavia y Manchuria".

Pero la bomba era todavía un secreto, y no había posibilidad de probarla antes de julio de 1945. Por lo tanto, la diplomacia de Truman esperó fríamente durante dos meses. Hizo todo lo que estuvo en sus manos para posponer un encuentro entre los Tres Grandes hasta julio, y aún así la reunión en Potsdam llegó demasiado pronto con respecto a sus propósitos. Si bien una prueba coronada por el éxito hubiera dado una confianza enorme a la diplomacia americana, sólo el uso efectivo de la bomba contra el Japón sería suficiente para impresionar a los rusos.

Sin embargo, la Europa Oriental no era la única área en que buscaban los Estados Unidos asegurarse concesiones de la Unión Soviética. El Lejano Oriente era igualmente importante. Con el poder de la bomba atómica, los asesores de Truman comenzaron a considerar la revisión de algunos de los acuerdos que habían sido tomados por Roosevelt y Stalin en Yalta sobre el Lejano Oriente. Stalin había prometido que Rusia se

uniría a la guerra contra el Japón tres meses después de que terminaran las hostilidades con Alemania. Por lo tanto, los Estados Unidos podían prever la declaración de guerra y la invasión de Manchuria por los rusos el 8 de agosto. Pero, desde el punto de vista norteamericano, sería mucho mejor que la guerra con el Japón pudiese terminar antes de que los rusos tomaran parte en ella. Rusia no tendría entonces voz ni voto en los arreglos de postguerra en el Japón, y no tendría la oportunidad de influir en los acontecimientos de Manchuria al igual que lo estaba haciendo en la Europa Oriental.

El Dr. Alperovitz considera la decisión misma de usar la bomba atómica contra el Japón a la luz de los otros medios alternativos de terminar la guerra en el Lejano Oriente. La derrota del Japón era inevitable. Las misiones de bombardeo no encontraron casi resistencia alguna. El ataque del 10 de marzo sobre Tokyo —"el más grande de los desastres de la historia ejecutado por un solo hombre"— tuvo como consecuencia 124.000 muertos. Para usar las palabras del General Curtis E. LeMay, los bombardeos aéreos "estaban haciéndolos volver a la edad de piedra". Lo que se necesitaba era un psicológico golpe de gracia. Hacia junio, dice Alperovitz, "los líderes norteamericanos veían claramente que ya fuera con la declaración de guerra por parte de los rusos, o mediante un cambio en los términos de la rendición, era probable llegar a la capitulación total. Era casi seguro que la combinación de estos dos elementos daría fin a la guerra inmediatamente". Por lo tanto, aunque se seguía adelante con los planes para una invasión del Japón —que

empezaría en el todavía lejano mes de noviembre— dicha invasión nunca fue autorizada. Los consejeros de Truman estaban de acuerdo en tratar de terminar la guerra antes de que el Ejército Rojo hubiera penetrado demasiado en Manchuria. En consecuencia, "ya no se esforzaron en imponer la capitulación antes del 19 de noviembre, fecha prevista para la invasión, sino antes del 8 de agosto, fecha prevista para que los rusos entraran en la guerra". Como Secretario de Estado, Byrnes testificó más tarde: "Queríamos terminar con la fase japonesa de la guerra antes de que los rusos tomaran parte".

Alperovitz pone bien en claro que nunca hubo una real decisión de arrojar la bomba. En vez de eso, hubo siempre la suposición de que se hiciera. En realidad, para hacer que la bomba atómica tuviera el efecto más grande posible, se acordó ordenar que no se bombardeasen una serie de ciudades con los explosivos de uso normal "de tal manera que los blancos que no habían sido atacados todavía estuvieran disponibles cuando la bomba se encontrara lista".

El Dr. Alperovitz llega de hecho a la conclusión de que nadie creía en aquel momento que había justificación militar alguna para usar la bomba. El General Eisenhower tenía "serias dudas, primero, basadas en mi convicción de que el Japón ya estaba derrotado y que arrojar la bomba atómica era completamente innecesario; y, segundo, porque yo pensaba que nuestro país debería evitar el rechazo de la opinión mundial por usar un arma cuyo empleo había dejado de requerirse, según mi opinión, para ahorrarse vidas norteamericanas".

La conclusión a que llegó Eisen-

hower fue que "no era necesario pegarles con aquella horrible cosa". Y el Dr. Alperovitz revela que "antes de que se arrojase la bomba atómica cada uno de los miembros de la jefatura conjunta del Estado Mayor informó que era bastante probable que el Japón pudiese ser forzado a rendirse 'incondicionalmente' sin que fuesen necesarios el uso de la bomba ni una invasión".

Así pues, de este libro se desprende con muchísima claridad que las ciudades de Hiroshima y Nagasaki fueron sacrificadas por razones políticas más que por razones militares.

Después del uso de las bombas, los Estados Unidos se sintieron como dueños completos de la diplomacia. Según escribe Alperovitz, "después de los bombardeos las posiciones relativas de los Estados Unidos y de la Unión Soviética se vieron radicalmente alteradas. Una nueva firmeza apareció de inmediato en la diplomacia norteamericana y, en correspondencia, surgió una nueva voluntad de ceder en la postura soviética". Y la Unión Soviética comenzó a ceder realmente. Aunque había avanzado durante cinco días en Manchuria antes de que llegara la rendición final de los japoneses, "Stalin concedía ahora en casi todos los puntos en que tan fuertemente había presionado en el pasado mes de discusiones" con los chinos nacionalistas. También se excluyó a Rusia de cualquier intervención significativa con respecto al futuro del Japón. Y lo mismo pasó rápidamente en los Balcanes.

Los Estados Unidos solicitaron mayores garantías para una campaña electoral libre en las elecciones que se aproximaban en Hungría. Los rusos las prometieron y el partido co-

munista húngaro fue estrepitosamente derrotado.

Los Estados Unidos pidieron en Bulgaria que el gobierno de Georgiev fuese reemplazado por otro y que las elecciones fuesen pospuestas hasta que se hicieran los cambios. Los rusos estuvieron de acuerdo en que se pospusieran las elecciones, pero se resistieron en lo que se refería al cambio del gobierno. Todo parecía señalar que los Estados Unidos se habían pasado de la raya en esta ocasión. Grandes reuniones de masas se celebraron en las calles de Sofía y el pueblo gritaba: "No le tenemos miedo a la bomba atómica".

De hecho se había reconocido ya a la diplomacia norteamericana como lo que realmente era: una amenaza. Bulgaria, según el acuerdo Churchill-Stalin de 1944, estaba en un 80 por ciento dentro de la esfera de influencia rusa. El único derecho que tenían los Estados Unidos para intervenir era el derecho del más fuerte. Cuando los Estados Unidos hicieron peticiones similares en Rumania, exigiendo que se cambiase el gobierno de Groza, Stalin no se dio por enterado.

El problema crucial era el siguiente, según el Dr. Alperovitz: "¿Tenían los Estados Unidos el poder necesario para forzar el consentimiento soviético a sus exigencias dentro del área de influencia rusa? Desde el principio del verano, los líderes norteamericanos estaban convencidos de que, una vez probada, la bomba atómica les permitiría exigir mayores cambios en las zonas fronterizas de la Unión Soviética". En realidad, la bomba les dio poder para hacer las peticiones, pero fue un fracaso en lo que se refiere a asegurar que se efectuasen los cambios deseados; si se dejan a un

lado los limitados éxitos de Manchuria y Hungría. Y estos últimos cambios eran claramente los que Rusia estaba dispuesta a hacer, con o sin la existencia de la bomba.

La conclusión implícita en el libro del Dr. Alperovitz es que la guerra fría, lejos de haber sido iniciada por la decisión de la Unión Soviética de imponer regímenes satélites en Europa Oriental o de continuar su ofensiva en Europa Occidental, fue comenzada por la determinación de los Estados Unidos de modificar el *status quo* en Europa Oriental, sintiéndose respaldados por el poder monopolista de su bomba atómica. Es una conclusión asombrosa, y para mantenerla se necesitan más pruebas del periodo anterior y posterior a 1945 que las que contiene el trabajo del Dr. Alperovitz. Aún así, hay uno o dos hechos que se desprenden de su estudio de los cruciales cuatro meses de mediados de 1945 que merecen resucitarse y ponerse dentro del contexto.

El primero es que la Unión Soviética no empezó por implantar regímenes satélites totalitarios en las áreas que cayeron bajo su influencia como resultado de los éxitos del Ejército Rojo y de los acuerdos internacionales. Puede ser que Stalin tuviese el propósito de hacerlo con el tiempo, pero no podemos afirmarlo. No tenemos materiales a mano sobre los cuales basar un juicio. Todo lo que sabemos es que los nuevos gobiernos, en las áreas que se hallaban bajo la influencia soviética, estaban dirigidos —en ausencia de una palabra mejor— por demócratas. En Austria, los rusos escogieron a Karl Renner antiguo canciller socialista de la República de Austria. En Hungría respaldaron un gobierno dirigido por el general Bela

Miklos, elemento conservador que había apoyado antes a Horthy, el dictador de preguerra. En Bulgaria, el hombre que apoyaron —Kimon Georgiev— fue descrito por el representante del Departamento de Estado en Sofía como “un verdadero conservador convencido de que la propiedad privada es algo sagrado”. El primer ministro de Rumania —Petru Groza— era un próspero latifundista e industrial con grandes antecedentes anticomunistas. Aunque muchos de estos hombres se daban perfecta cuenta de la realidad de su posición y estaban deseosos de cooperar con las autoridades soviéticas de ocupación, en ninguna forma cabría imaginarlos o describirlos como títeres comunistas. Y fueron los hombres cuyos gobiernos se negaban a reconocer y trataban de disolver los Estados Unidos.

El otro hecho que importa recordar en este contexto es que la Unión Soviética no hizo intento alguno durante este período para aprovechar los poderosos partidos comunistas que existían en Europa Occidental. Como escribe el Dr. Alperovitz, a principios de 1945 parecía haber una posibilidad genuina de que rusos y norteamericanos pudieran cooperar. “El abandono en que dejó Stalin a los comunistas griegos en diciembre de 1944 parecía una prueba de su verdadero deseo de cooperar. En Francia, Italia y Bélgica, los partidos comunistas, que estaban en la cumbre de su poderío por su predominio en los movimientos de resistencia, se sometieron suavemente a la autoridad de los gobiernos de orientación occidental. En Finlandia, donde la influencia soviética era muy grande, las elecciones libres ya habían tenido lugar (en

marzo)... En Checoslovaquia, el Presidente Eduardo Benes informó que no había intervención soviética alguna en asuntos políticos”.

A la luz de las pruebas que aporta el libro del Dr. Alperovitz, mucho de lo que pasa como dogma de la guerra fría es sólo un mito. Aún así, corresponde al crítico que lo reseña hacer una o dos advertencias. En primer lugar, este es un libro que abarca un período muy limitado. En segundo lugar, pasa revista a la política norteamericana durante el período considerado y a los efectos de la bomba atómica en esa política. No pretende ser una historia de la política soviética, por crucial que sea semejante historia para esclarecer y dar comprensión total al problema. También se puede discutir que el Dr. Alperovitz ha destilado tanto las pruebas, ignorando los detalles circundantes, que su historia sería casi irreconocible para aquellos que participaron en los acontecimientos que estudia. Con todo, sería esta una crítica injusta, porque sus pruebas se dan con tan metucioso cuidado y los puntos de vista de los distintos protagonistas están reiterados con tal frecuencia, que no cabe dudar que el Dr. Alperovitz ha llevado a cabo un análisis esencialmente correcto. Los airados gritos de los críticos que rechazan sus conclusiones evidencian por sí mismos que sus dedos han dado en la llaga. Cabe sólo esperar y desear que siga adelante con sus estudios y analice el período posterior y más peligroso de la guerra fría.

RICHARD GOTT

Universidad de Chile.

INTERNACIONAL

THE RACE WAR. Ronald Segal. *London: Jonathan Cape. 1966. 416 p. Indice. £2.5.0.*

El mundo, cada cierto tiempo, parece enfrentarse con una nueva amenaza que, para algunos observadores, es inevitable a menos que se tomen medidas drásticas e inmediatas para prevenirla. El nazismo, el comunismo y, ahora, el anticomunismo, han sido en su momento "la mayor amenaza" a la humanidad. Inmediatamente después de la última guerra mundial, el gran temor fue que el crecimiento de la población pudiera sobrepasar el abastecimiento de alimentación. Posteriormente existió inquietud por los repetidos experimentos nucleares de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, que podrían dañar y deformar generaciones por nacer. Y ahora, en la década del 60, la amenaza que pende sobre nosotros es la de la guerra racial, una guerra mundial donde las razas de color que han estado durante largos años sometidas por países de origen blanco europeo, se levantarían y derrotarían a sus opresores. Una trivialidad común de los políticos blancos tanto europeos como norteamericanos ha sido hablar de "tener" y "no tener" (*the "haves" and the "have nots"*) y los más perspicaces han notado en forma ocasional que esta división es también racial. En efecto, en algunos círculos resulta ahora un pensamiento comúnmente aceptado que el conflicto Norte-Sur es más importante que el que divide al Oriente de Occidente. Pero la inquietud general que produce tal idea nunca se ha sustentado en algo muy substancial. Es obvio

que, en muchos países, los más pobres resultan ser mirados como de raza inferior. Tanto los indios de América Latina como los negros de los Estados Unidos poseen grandes causas de amargura contra el blanco. Pero, hasta ahora, ningún escritor ha tratado de documentar esta amargura como un fenómeno mundial. De ahí la importancia del nuevo libro de Ronald Segal, *The Race War* (La Guerra Racial), que justamente lo hace.

Ronald Segal es un blanco sud-africano exilado y un escritor de virtuosismo impresionante. Su primera obra importante, *The Crisis of India* (La Crisis de la India), describe el caos, la corrupción y el estancamiento de la India contemporánea, denuncia que, viniendo de un crítico básicamente simpatizante, la hacía tanto más patética. Hubo requerimientos de la propia India para que el libro fuera prohibido. Su nueva obra no es menos sobrecogedora. Su tesis básica no es sólo que existe una amenaza de una guerra racial, sino que la guerra racial ha empezado realmente. Para probarlo, se pasea por los continentes del mundo y ahonda en la historia para rememorar la complacencia de aquellos que se han impresionado con la contribución europea a la civilización y la paz. Donde pone su ojo, busca el contenido racial de alguna situación, y cada vez termina convencido de que las razas blancas han sido responsables, en el pasado y en el presente, de la esclavitud y el empobrecimiento de los habitantes de color más pobres del mundo.

Su caso fundamental lo especifica en la primera página:

"En ningún periodo histórico han existido tantas diferencias de poder como en el presente, entre los más y los menos de la humanidad. Un puñado de hombres posee una capacidad que sobrepasa los sueños de los grandes guerreros del pasado: destruir no sólo un enemigo sino la sociedad misma. Pero las comparaciones no necesitan ser apocalípticas. La clase media de los estados blancos industrializados goza de su comodidad y —exceptuando la guerra— de una seguridad, un dominio sobre el medio ambiente que, en el pasado, los príncipes más magníficos no poseían; mientras cientos de millones de campesinos en el resto del mundo viven tal como han vivido siempre, amenazados en forma constante por el hambre, las enfermedades y la muerte imprevista. El Faraón y el César habrían envidiado el aire acondicionado, el baño instalado, el aeroplano y el automóvil: sus súbditos habrían encontrado poco que envidiar en la forma en que multitudes de asiáticos, africanos y latinoamericanos aún escarban una supervivencia precaria en la tierra obstinada".

El señor Segal expresa que, por primera vez en la historia, estas multitudes han llegado a tener conciencia de lo que les falta. Gráficamente dice: "la pobreza no está sola", y continúa: "los aldeanos que se arremolinan alrededor de su receptor de radio en Kenia, escuchan sobre el mundo en swahili desde Moscú y Pekín, tanto como —en una forma un poco más sedante— desde Nairobi y Londres y pronto descubren cuán numerosos y similares son los pobres". Con su sabiduría recién descubierta estas multitudes se rebelarán y bien

que mal, elegirán al país de color, China, como modelo: "Esta es aún una sociedad agrícola poderosa, como todos los estados de color pobres, cuyos principales recursos dependen de su propia mano de obra. Su sector industrial, relativamente muy pequeño, quedó devastado por la guerra y su macizo programa de industrialización desde la victoria comunista en 1949, emprendido fundamentalmente con inversiones propias, ha tenido resultados extraordinarios. Más aún, lo ha realizado sin producir una comunidad provocativamente rica y negociante y el nivel de vida simple de sus líderes políticos —artificial o no— tiene un marcado contraste con la corrupción y extravagancia de los líderes de comunidades de color pro-occidentales, menos exitosas, adictas a la libre empresa".

Pero el señor Segal no es sólo un mero apologista de la China. Continúa diciendo que "esto no quiere decir que los pobres de color del mundo aceptarán ciegamente el personal esquema chino, reclutas pasivos de una nueva dominación. Hay una diferencia vital entre la China y la "línea china", aunque los comentarios occidentales parezcan no reconocerlo. Los comunistas indios de la "línea china" han registrado sus éxitos populares contra colegas que aún son leales al liderato de la Unión Soviética, no porque hayan aparecido como ofreciendo a los hindúes la promesa de la soberanía china, sino porque la "línea china" de militancia y revolución ha correspondido más a la realidad india que la "línea soviética" de compromiso y colaboración con el gobierno del partido del Congreso".

En efecto, el señor Segal concluye: "lo que la "línea china" promueve y promete... no es una China imperial, con colonias a través de toda África, Latinoamérica y Asia, sino un mundo de gente de color que se levante en una alianza revolucionaria para establecer el milenio de los pobres".

Pero, sugiere, la revolución no necesita ser siempre de tipo comunista. En realidad, todas las revoluciones llamadas comunistas han sido significativamente diferentes unas de otras. Dice que: "pronto va a significar tan poco una revolución que se proclame comunista como una secta religiosa que se proclame cristiana". Ninguno de los movimientos revolucionarios del tercer mundo tiene miedo de trabajar con los comunistas. No tienen temor de ser "arrasados" por los comunistas, como suponen los europeos occidentales y los norteamericanos. En ninguna parte resulta esto más obvio que en África del Sur, donde los grupos nacionalistas están preparados para trabajar con cualquiera que genuinamente se oponga al régimen segregacionista del *apartheid*. "En el carácter realmente universal de su composición, la revolución de África del Sur, que incluye africanos, asiáticos y razas de color (con un esparcido pero calamitosamente insignificante número de blancos) nacionalistas, liberales, socialistas y comunistas, podría representar también la ancha base del levantamiento racial en el resto del mundo. Y es por eso que la obsesión occidental —y por supuesto norteamericana— por el comunismo es tan peligrosamente impertinente. Provoxa una hostilidad contra la revolución misma, como una extensión del poder comunista.

El señor Segal agrega que: "si el Occidente y la Unión Soviética realmente alcanzaran en conjunto una política mundial de alianza entre el mundo blanco comunista y el capitalista para controlar el desasosiego, esto haría crecer y no disminuir las posibilidades de la guerra racial".

Pero éstas son las partes más polémicas del libro del señor Segal. Mucho de lo que tiene que decir está contenido en capítulos históricos como: "El Mundo Negro Africano", "El Mundo de Color en Sudamérica" y "El Mundo Blanco en los Estados Unidos". Respecto al problema de África y al de Estados Unidos, ha resultado extraordinario. Su conocimiento de la situación es de primera mano y su investigación, de primera clase. Al tratar sobre Sudamérica y "El Mundo Blanco de Londres y Moscú" su enfoque es menos seguro. A veces, hay indicios de que le parece difícil encontrar suficientes datos para afianzar su tesis básica. Sin embargo, el capítulo sobre el dilema que afronta Estados Unidos vale por todo el resto del libro. Es de desear que algún editor sudamericano emprendedor logre hacer traducir este libro al español, siquiera para que estas ideas sobre las alternativas frente a los Estados Unidos pudieran ser transmitidas a un público mucho más amplio.

Según insinúa el señor Segal, los Estados Unidos se enfrentan con una revolución tanto interna como exterior, llevadas ambas a cabo por gente de razas de color. El negro norteamericano está exigiendo cosas que la sociedad actual norteamericana no puede satisfacer. "La América blanca... no tiene ni el deseo ni los re-

cursos para la revolución que él pide; y su falla en ambos casos está estrechamente conectada con la visión, no sólo de sí misma, sino de su lugar y de sus funciones en el mundo. No es un mero accidente que la revolución negra esté provocando una reevaluación de la política exterior norteamericana, encontrándose cada día más envuelta en ella".

Entonces, ¿qué sucederá? Como dice el señor Segal: "la represión de la revolución resulta cara y no puede llevarse a cabo a través de un programa real de éxito —si es que el éxito es realmente posible sin la satisfacción de los anhelos que hacen a la revolución tan formidable— simultáneamente en el interior y el exterior. La revolución negra no puede ser abatida en forma efectiva sin una inversión de los recursos nacionales tan vasta, que la vigilancia mundial del compromiso norteamericano queda desplazada. Tomemos solamente la rebelión del Vietnam del Sur (que no permanecerá por mucho tiempo, según parece, como la única fuente de un conflicto serio); no puede derrotarse definitivamente sin un gasto de los recursos norteamericanos tan vasto, que la compra del apoyo de los negros norteamericanos a favor de la política norteamericana queda excluida".

Estas son palabras duras, pero obligadas por la situación, y el propio señor Segal está poco dispuesto a predecir un resultado. Escribe: los chinos ven la lucha —no sólo en Vietnam— como "una guerrilla lenta, una guerra de desgaste que vaciará los recursos occidentales, especialmente su

poder humano, hasta que se sientan obligados a gritar "¡basta!". Dicen que el Occidente no está preparado psicológicamente para continuar con campañas indefinidas en diversas partes del mundo, con las pérdidas acumuladas de vidas occidentales que comportan y sin victorias dramáticas que las compensen. La guerra campesina es dura de pelear para el estudiante no graduado o el dependiente reclutado. Pero, suponiendo que los chinos estén equivocados, suponiendo que las sociedades blancas occidentales, como la que domina el África del Sur, no estén dispuestas a sacrificar sus privilegios y sus riquezas, el señor Segal admite la posibilidad de que el Occidente podría, como Sansón o los blancos sudafricanos, preferir la destrucción de los pilares del templo y no verlo en manos de los que ellos mismos han ofendido y dañado. Ve esta posibilidad y espera, como todo ser racional, que esto será evitado. Pero, escribe, sólo podría realizarse si el hombre blanco "busca provocar la revolución en lugar de prevenirla o destruirla".

El libro de Ronald Segal tiene muchos defectos, como cualquier estudio primerizo de naturaleza tan ambiciosa, pero en cambio abre una visión totalmente nueva para lograr entender lo que está sucediendo en el mundo. Merece ser leído ampliamente.

RICHARD GOTT

Universidad de Chile.

AMERICA LATINA

ELITES, INTELLECTUALS AND CONSENSUS:

A Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile.- James Morris. *New York: New York State School of Industrial and Labor Relations, Cornell University. 1966. pp. xviii y 292. US \$ 6.*

HUACHIPATO ET LOTA: Étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes. Torcuato di Tella; Lucien Brams, Jean Daniel Reynaud, Alain Touraine. *Paris: Centre National de la Recherche Scientifique. 1966. Paris pp. 295. 38 F.*

La tónica principal del estudio de Morris sobre el origen y primeros años del sistema de relaciones industriales en Chile es que la estructura legal incorporada en el Código del Trabajo de 1924 hasta el día de hoy da forma y regula el sistema de relaciones industriales en uso actualmente, y que el código de 1924 fue en gran parte obra de intelectuales que prestaron escasa atención a las organizaciones obreras existentes. El autor especialmente se remonta a encontrar la forma primitiva de las actitudes desarrolladas y cómo se intentó incorporar estas actitudes dentro de la legislación de las dos agrupaciones políticas más grandes de la época: el Partido Conservador y la Alianza Liberal. En todo caso, las agrupaciones laborales existentes, que estaban repletas de teorías anarquistas y comunistas bajo la influencia de Recabarren (con quien Morris es menos que justo), se mantu-

vieron apáticamente ajenas a los políticos burgueses y sus esfuerzos para mantener el estado legal anterior bajo la apariencia de estar concediendo privilegios a los obreros.

Posteriormente, esta actitud se ha justificado plenamente. Aunque Morris busca cuidadosamente la diferente raíz filosófica de los distintos proyectos para un código obrero, tal como él mismo lo señala, el propósito común, infiltrado de ideas autoritarias y paternalísticas, fue el de la creación de un movimiento obrero organizado de tal modo que pudiesen ellos controlarlo, para así conservar su poder y los valores de su sociedad.

Como un relato detallado y análisis de ideas sobre organización sindical en este período, por lo menos de las ideas de las élites, este es un trabajo valioso y singular. Además su breve presentación del actual estado de las relaciones industriales es clara e inteligente.

Pero los juicios de valor y los prejuicios de Morris surgen casi visiblemente del texto. Él es un entusiasta defensor del consenso, cualidad que según Morris es la señal de una sociedad madura y desarrollada. Morris no sólo desca ver llegar el fin de toda ideología, alegremente bailarían sobre su tumba. En la página 76 escribe que "socialismo, comunismo y capitalismo son todos rótulos casi sin sentido"; y, antes, que el "marxismo-leninismo es cuando mucho adolescencia ideológica". En Chile, es su argumento, la falta de consenso en los sistemas de relaciones industriales refleja la aún mayor falta de acuerdo general existente en el sistema político y social.

Todo esto es muy discutible y aparentemente la obra de Torcuato di Tella y otros sustenta nuestras dudas. Puede que los líderes sindicales declaren políticamente que desean derribar el sistema capitalista; sin embargo, su acción económica como líderes de sindicatos no ayuda a sus fines políticos, sino que, en muchos sentidos, se ajusta tan adecuadamente dentro del sistema existente que más bien lo refuerza en lugar de llevarlo al fracaso.

Es cierto que la temprana actividad sindical fue muchísimo más revolucionaria que la moderna. Pero antes que una "adolescencia ideológica", ésta fue una comprensible reacción ante un sistema brutalmente opresivo, que —por severas que sean las críticas de Morris a los empleadores chilenos— fue igualmente común en el extranjero. Tal como Morris lo indica, a pesar de toda la palabrería política, solamente cuando se inició un gobierno militar fue promulgado como ley el Código del Trabajo, y en verdad este código no fue una realidad social hasta ser elegido el gobierno del Frente Popular.

Es imposible, dentro del espacio de una breve reseña, dar a entender en su totalidad la abundancia de material contenida en el estudio de la Planta de Acero de Huachipato y la Zona Carbonífera de Lota. Los autores eligieron estudiar la actitud y conducta de los trabajadores en dos contrastantes, aunque físicamente cercanas, situaciones industriales. Por un lado, la planta de acero es representativa de la industria moderna; mano de obra experta, estructura administrativa burocrática y racional y un movimiento sindical reformista (aunque este en gran parte controlado por

comunistas y socialistas) trabajando en una sociedad abierta. Por el lado opuesto, Lota es una zona minera en decadencia y desanimada, una comunidad cerrada con una estructura de capitalismo familiar perteneciente a una época anterior, donde el radicalismo político y el "militantismo" sindical representan, como Touraine indica, no tanto un medio para cambiar la sociedad sino que un completo rechazo de ésta.

Aunque el estudio fue realizado en 1956, esta publicación no se puede considerar anticuada. En realidad observaciones recientes confirman que los cambios realizados concuerdan con las hipótesis del libro. La movilidad social y laborante para ascender desde el estado de obrero al de empleado, continúa siendo la preocupación central de los trabajadores de Huachipato. Lota también sigue siendo un triste resabio de un período previo, una comunidad cerrada dentro de sí misma, pero no participante en la sociedad que la rodea.

La clase social, actitudes políticas y religiosas, participación sindical, actitudes hacia la compañía, hacia la sociedad, hacia los compañeros de trabajo, participación de otros grupos, son algunos de los temas tratados e interrelacionados dentro de este excelente y, para América Latina, pionero estudio.

ALAN ANGELL

Royal Institute of International Affairs, Londres y St. Antony's College, Oxford.

ENTRE GUERRES ET PAIX. Jean Laloy. Paris: Plon. 1966. 280 p.

Cournot explicaba la palabra "siglo" dada a los períodos característicos de

la historia por el hecho que, abarcando la duración de tres generaciones viriles, un siglo señalaba los límites de la influencia recibida de la primera generación por la segunda y transmitida a la tercera, constituyendo de este modo la unidad del período. Esta hermosa teoría no sobrevivirá al siglo diecinueve. Actualmente, la autonomía de las generaciones restringe notablemente la duración de los "períodos" históricos.

La que Jean Laloy estudia se extiende a lo largo de veinte años, es decir, cubre la duración media de eficacia de una vida humana: es también el tiempo que ha sido necesario para que la primera generación que no ha sufrido directamente la guerra logre su madurez. En adelante, la medida de los nuevos periodos será, quizás, semejante a causa de la aceleración de la historia. Aún esta medida no se define en términos de estabilidad sino de evolución.

Jean Laloy no se limita a describir esta evolución: la explica y trata de extraer una orientación de ello. Por eso su obra, al mismo tiempo que es un notable documento sobre la historia de las relaciones internacionales de la guerra y de la postguerra, constituye una preciosa fuente de meditación sobre los problemas actuales y futuros.

El autor se esmera en presentar, en la parte histórica de su libro, con mucho la más extensa, el punto de vista de cada uno de los antagonistas. La exposición gana en claridad y en imparcialidad. Para explicar las dificultades de los años 1945 y siguientes, era necesario remontarse a los orígenes y relacionar la extraña guerra, en seguida los años de guerra, con una curiosa paz de la cual se ig-

noraba si conduciría a la paz. Durante este período el papel de los estadistas es decisivo. Se consagran estudios profundos a Roosevelt, Churchill, Stalin. La conferencia de Yalta aparece tratada en un excelente capítulo.

La evolución de las relaciones internacionales, después de la guerra, sigue un camino lento y difícil a través de las crisis. Este camino conduce de la "división" del mundo a la coexistencia pacífica, gracias al efecto de "disuasión" del arma nuclear, generadora de prudencia.

Para el autor, esto constituye solamente una fase en una evolución que debe proseguir. La coexistencia permite mantener la división del mundo. Si la solidaridad debe aventajar a la división, hay que mirar más lejos. Jean Laloy, declara: "siendo reconocidas la reconciliación y la tolerancia como los fines de la política", los caminos que allí conducen "pasan por la desvalorización de la noción de soberanía y el desarrollo de la idea de comunidad. Ellas corresponden a una profunda aspiración de la humanidad actual, aspiración que, hasta el momento, no se expresa claramente en política".

Se trata en suma de pasar del objetivo soviético de postguerra, "la victoria sin guerra", al de "la paz sin victoria". El autor establece, en el camino así trazado, un cierto número de etapas de corto, mediano y largo plazos.

Se estará de acuerdo con él en la orientación que indica. Pero se comprobará que los Estados soberanos (o que se creen tales) cuya existencia y razón de ser están precisamente ligados al ejercicio de esta soberanía, no están calificados para ser los autores

de una evolución semejante. Lo que constituye la incapacidad de las organizaciones políticas internacionales, es que ellas sean precisamente emanaciones de los Estados. Para obligarlos, es en otras formas que debe manifestarse la opinión pública y que deben unirse las energías, bajo el signo de la ciencia, del progreso económico, de la cultura, del ecumenismo, o de la simple solidaridad humana.

P. GENEVEY

París.

[Introducido de la revista *Politique Etrangère*].

LA POLITIQUE ECONOMIQUE DES ETATS-UNIS. Louis Franck. París: Editions Sirey. 1966. 374 p.

Esta obra es la primera de una colección patrocinada por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas. Su autor, ex director general de Precios y de Encuestas Económicas, ex ministro plenipotenciario encargado de las funciones de consejero financiero en la embajada de Francia en Londres, es titular de la cátedra de política económica norteamericana en el Instituto de Estudios Políticos desde hace veinte años. Conoce perfectamente su tema, que trata con gran claridad y habilidad en todos sus aspectos a la vez políticos, históricos, técnicos y jurídicos.

Es evidente que para L. Franck Estados Unidos constituye, de algún modo, el lugar privilegiado para un estudio de política económica. Desde las primeras páginas de su introducción, nos recuerda que "si la Constitución de 1787 fué un acto de unión memorable, constituyó también el primer acto de política económica de Estados Unidos": que "ella ha sido

requerida por los acreedores y por los defensores de la propiedad"; que "el proteccionismo nace con Estados Unidos", y que "en el transcurso del siglo diecinueve, los clásicos conflictos originados por toda política económica moderna se suceden y se enredan en Estados Unidos: protección aduanera, fundamento y amplitud de la carga fiscal, administración bancaria y monetaria, monopolios y concentración de las riquezas, equilibrio social con su doble perspectiva agraria y obrera".

En el siglo veinte, los conflictos originados por una política de reformas son los que, a menudo, dominan el debate: el *progressisme* y el *Square Deal*, de Theodore Roosevelt, el *New Deal* (o los *New Deal*), de Franklin Roosevelt, la *New Frontier*, de Kennedy y la *Great Society*, de Johnson.

Los capítulos siguientes están consagrados sucesivamente al medio norteamericano; a la producción, la distribución y el consumo de masa; a la concentración económica y su control; al desarrollo de las intervenciones gubernamentales; al sindicalismo obrero; al sistema bancario, al control del crédito, a la fiscalización y a la política de expansión económica; finalmente, a la política mundial de Estados Unidos.

Algunos problemas fundamentales de esta postguerra están analizados profundamente y con una original perspectiva: de esta manera, el papel de la defensa nacional en la economía; las técnicas actuales de expansión en la estabilidad; las controversias en las liquideces mundiales que ha provocado la deterioración de la balanza de pagos; la evolución de la política económica mundial de Estados Unidos, que después de un

fallido ensayo de "liberalismo re- encontrado", ha sido llevado a prodigar, en las más variadas formas, la ayuda a otras naciones.

Esta pregunta trae naturalmente otra, que L. Franck trata en su conclusión: ¿es la economía norteamericana siempre dominante? La respuesta que da es variada. Por una parte, "parece que desde hace una quincena, ni las recesiones, por lo demás limitadas, ni la expansión norteamericana han tenido una influencia muy marcada sobre las ventas del tercer mundo". Por otra parte, "los déficit de la balanza de pagos reflejan las incidencias de un triple efecto de dominación: *política*, en la medida en que ellos resultan, entre otros, de gastos militares y de toda clase de ayuda al exterior; *técnica*, en la medida en que ellos tienen en cuenta el aumento de las inversiones directas e indi-

rectas en el extranjero y de las salidas de capitales a corto plazo. *De las circunstancias monetarias objetivas*, en la medida en que ellos están unidos a la diferencia entre las tasas de interés del dinero en los Estados Unidos y en el resto del mundo... La importancia de los déficit acumulados y la disminución del stock de oro son señales exteriores del debilitamiento de la economía norteamericana pero, de hecho, reflejan especialmente el triple efecto de dominación que acabamos de analizar".

Este breve resumen da solamente una idea incompleta de un libro tan denso y rico como el de L. Franck. Se trata de una importante obra que merece ser leída.

M. L.

París.

[Traducido de la revista *Politique Etrangère*].

ESTADOS UNIDOS

LES ETATS-UNIS ET LES NATIONS PROLÉTAIRES. Pierre Moussa. *París: Editions du Seuil. 1965.*

En un breve pero trascendental libro, *Les Etats-Unis et les nations prolétaires*, Pierre Moussa explica por qué la política norteamericana con respecto de "El tercer mundo" le parece haber resultado un callejón sin salida. Estados Unidos, por diversos móviles, por un sincero idealismo como por la persecución de intereses materiales, ha favorecido el proceso de "descolonización" que ha surgido después de la segunda guerra mundial. No por ello Estados Unidos ha adquirido la simpatía y el reconocimiento duraderos del tercer mundo. El "anticolonialismo" que Estados

Unidos había fomentado se ha vuelto, en cierta medida, contra él.

El ambiente de dominación experimentado en América Latina como demasiado esencial a la política de Estados Unidos, la guerra del Vietnam, las diversas intervenciones militares o políticas de Estados Unidos a través del mundo son para Pierre Moussa algunas de las razones que explican las reticencias o las resistencias que los norteamericanos encuentran.

El análisis de Pierre Moussa data del principio de 1965 y es, por consiguiente, dejado atrás a veces por los acontecimientos que se han producido desde entonces. No será, no obstante, menos citada esta nota: la hipótesis de que la formidable potencia

económica y militar norteamericana podría estar tentada "de pulverizar la fuerza naciente de la más vasta de las naciones de color, China", produce en esta última una fuerte inquietud y una viva antipatía (pág. 59).

Además, lo que Pierre Moussa llama "el americanomorfismo", la inclinación de los norteamericanos a imponer o, al menos, a hacer admitir como ideal intangible el sistema de libre empresa, que practican con un pragmatismo desprovisto de prejuicios, no facilita en nada las cosas.

Concluyendo, Pierre Moussa estima que una cooperación de los Estados Unidos y de Europa sería útil para ayudar a los países subdesarrollados, ayuda que debería revestir un carácter esencialmente apolítico y

multilateral. El autor ha colocado en forma visible en su libro la quintaesencia de una propagada experiencia administrativa y económica. Hace notar que, frente a América Latina, Estados Unidos debería mostrar que está listo "para renunciar a las ventajas de la dominación *paracolonia*l. Es necesario que admita que, si no desde el punto de vista geográfico, al menos desde el punto de vista geopolítico, América no existe ya. Es preciso que reconozca que, en adelante, no hay en América un continente, sino dos".

P. AUBERT DE LA RUE

Paris.

[Traducido de la revista *Politique Etrangère*].

EUROPA

POUR UNE POLITIQUE ETRANGÈRE DE L'EUROPE. Club Jean Moulin. Paris: Editions du Seuil. 1966.

LES AMÉRICAINS ET NOUS. La NEF. N. 26, février-avril, 1966. Paris.

Como su título lo indica, la preocupación primordial del libro del Club Jean Moulin: *Pour une politique étrangère de l'Europe*, no es Norteamérica sino Europa. Este estudio es muy denso, quintaesencia de un trabajo colectivo de análisis y de reflexión. Contiene efectivamente juicios sobre la acción exterior de los Estados Unidos, juicios cuyos alcances aventajan las perspectivas estrictamente europeas y que son válidos para otros países vitalmente interesados en la evolución de sus relaciones con Estados Unidos. El Club Jean

Moulin hace notar cómo la proliferación a través del mundo de los intereses económicos norteamericanos es "la manifestación espontánea de vitalidad de grupos de asuntos dinámicos"; pero que Estados Unidos "no podrá tener una política extranjera sin equívoco mientras no haya disciplinado los efectos de ella en el exterior". Conclusión: crear las condiciones de una Europa europea, compañera semejante de los Estados Unidos.

La NEF: Les Américains et nous. No se trata de un libro sino de un periódico (trimestral), cada número del cual está completamente reservado a un determinado tema que los artículos de diferentes y hábiles autores examinan bajo diferentes ángulos. El folleto denominado "Les Américains et nous" presenta múlti-

ples e interesantes perspectivas sobre los problemas que existen actualmente entre Estados Unidos y Francia (como además en Europa Occidental en general). Todos los autores tienen un conocimiento profundo y confirmado en la práctica, en la investigación o en la observación de los sectores que abordan. Expresan opiniones independientes: varios no son "degaullistas". Algunos de ellos han ocupado u ocupan un importante lugar en la política francesa o europea (por ejemplo, los señores Deferre y Monnet) y han asumido responsabilidades gubernamentales.

Entre las diferentes contribuciones individuales a *La NEF* vuelve, como *leitmotiv*, el deseo que Europa llegue a ser lo bastante fuerte para afirmarse en todos los dominios al lado de la superpotencia norteamericana. Este "consenso" fundamental —en el cual los autores de *La NEF* reúnen el colectivo del Club Jean Moulin— no suaviza, por otra parte, el marcado personalismo de las intenciones que expresan en el cuaderno. De esta manera, Jean Monnet opina en su artículo introductivo "Compañeros iguales" (*Des partenaires égaux*) que los norteamericanos no buscan la superioridad frente a los europeos. Para G. Deferre, cuyo artículo "La indispensable Europa" (*L'indispensable Europe*) pone punto final al folleto, no hay duda, sin embargo, de que "Estados Unidos ha estado inquieto por los progresos del desarrollo europeo. El crecimiento económico de Europa hará escapar a las naciones del viejo continente de la tutela norteamericana".

Entre estos puntos de partida (Monnet) y de llegada (Deferre) se suceden, en un variado camino, una serie

de estudios que explican las relaciones económicas y políticas entre Francia y Estados Unidos, así como diferentes aspectos de la evolución cultural norteamericana. Se hará notar la contribución de Claude Julien, de explícito título, "La tentación del imperialismo" (*La tentation de l'imperialisme*). Paul Marie de la Gorce trata un tema particularmente importante e interesante: "De Gaulle y los norteamericanos" (*De Gaulle et les Américains*). El propósito de André Philip es de "Ver detenidamente las dificultades" (*Voir en face les difficultés*), que hoy son inherentes a las relaciones franco-norteamericanas, sin dramatizarlas, sin embargo, y subrayando los valores comunes a Estados Unidos y Europa Occidental. Pierre Uri insiste en "Las Fallas del sistema atlántico" (*Les failles du système atlantique*) y en el complejo y extraño carácter de las estructuras institucionales que organizan el occidente europeo o lo unen a Estados Unidos. G. Gautier invita a sus lectores a ver "Una fuente de inspiración" (*Une source d'inspiration*) en la economía norteamericana, pero que eviten tanto una crítica sistemática como una servil copia. Marc Alexandre examina en "El dólar y Francia" (*Le dollar et la France*), las inversiones norteamericanas en Francia. Para un sociólogo de izquierda como Serge Mallet es innegable la tendencia del capitalismo norteamericano al ejercicio de una hegemonía económica en Europa: "Un cierto antagonismo" (*Un certain antagonisme*). Maurice Dèclarue estima en "Siete años de lucha" (*Sept années de lutte*), que "la promoción de Estados Unidos al primer orden de las democracias occidentales no se ha hecho bajo la

presión de la opinión norteamericana sino que ha seguido a la decadencia de las potencias europeas".

El que ha leído atentamente los estudios tan diferentes, y sin embargo, de ningún modo en desacuerdo con la reflexión, de *La NEF*, estará en contacto con lo esencial de los problemas franco-norteamericanos, y llegará, naturalmente, a una doble conclusión.

Primero, que esos problemas existen en la realidad, no dependen esencialmente de contingencias emocionales o personales, sino que son inherentes a "la naturaleza de las cosas", es decir, a las fundamentales y respectivas nociones de Francia, y de los otros países occidentales europeos, por una parte, y de Estados Unidos,

por otra. Además, por muy complejos y difíciles que esos problemas sean, son susceptibles no de sencillas y rápidas soluciones sino de arreglos practicables a largo plazo. Pero no basta que europeos y norteamericanos se demuestren recíprocamente comprensión y franqueza. Es necesario que los primeros, no vacilando en demostrar una activa voluntad de autoafirmación, sepan, allí donde ellas se imponen, adoptar medidas constructivas.

P. AUBERT DE LA RUE

París.

[Traducido de la revista *Politique Etrangère*].

AFRICA

PAN-AFRICANISM AND EAST AFRICAN INTEGRATION. Joseph S. Nye. *Londres: Oxford University Press. Boston: Harvard. £2.0.0.*

El concepto del Pan-Africanismo y de la Integración de África Oriental plantea tres cuestiones:

¿Aporta algo nuevo al debate sobre la teoría de la integración, al planteamiento de cómo y por qué los países se acercan entre sí? ¿Abre nuevos caminos en la discusión de la experiencia de África Oriental en particular? ¿Qué valor le daríamos a un libro tal, en el estado actual en que se encuentran los estudios sobre África Oriental?

Teóricamente, el argumento más importante del señor Nye es que se debe dar mayor énfasis, al menos en el contexto africano, a la ideología

dentro del proceso de integración. Considera que la tendencia marxista de desechar la ideología como sólo la expresión superficial de circunstancias sociales y económicas subyacentes, desvía en un estudio de la integración africana, y alega que en muchos casos el compromiso ideológico ha sido un factor independiente e importante. Demuestra que los líderes de África Oriental compartían puntos de vista ideológicos que englobaban una sólida creencia en que sólo a través de la unificación podrían dar al colonialismo un golpe demolidor y definitivo y alcanzar una independencia plena. Esto los empujó a seguir adelante con la idea de una federación entre los años 1960 y 1963, cuando la consideración de otros factores, habría aconsejado una mayor cautela.

Hasta este momento, el señor Nye argumenta en forma coherente y hace bastante clara las diferencias entre la experiencia europea y africana de integración. Sin embargo, no logra llevar su análisis un paso más allá, un paso muy importante. Seguramente una de las principales razones por las que muchos ambiciosos proyectos africanos no alcanzan a llevarse a efecto es porque la ideología africana tiende en este momento a arraigarse, no en las realidades socioeconómicas, sino en las necesidades psicológicas del continente. En el caso de Africa Oriental, fue suficiente el compromiso ideológico para llevar a los tres países (Kenia, Uganda y Tangañica) al borde de una federación y esconder a los líderes el grado en que los factores sociales y económicos llevaban hacia una dirección contraria. Pero, una vez que hubo que realizar planes detallados, no bastó la ideología para enmascarar la realidad y tuvo que abandonarse la idea de la federación. Este mismo proceso explica tanto el fin de la federación Malí como la debilidad actual de la Organización de la Unidad Africana. En Africa, la ideología puede aportar gran ímpetu a la integración pero, si no corresponde al mismo tiempo a la realidad social y económica, no será decisiva.

Es un tanto sorprendente que el señor Nye ignore este punto, ya que su propia discusión detallada sobre el caso de Africa Oriental hace lo suficientemente clara la distancia entre la ideología y la realidad. El punto más importante en su contexto es que, pese al sistema relativamente extenso de contacto y cooperación, la estructura interterritorial del Africa Oriental nunca fue lo suficientemen-

te fuerte como para que la lucha por el poder fuera transferida del nivel nacional al interterritorial. Los partidos políticos, las instituciones políticas, los planes económicos, fueron concebidos y organizados a nivel nacional y como respuesta a las necesidades locales. A medida que los gobiernos africanos asumían el poder, estas necesidades fueron haciéndose más y más diferenciadas y, pese a un esquema interterritorial que fue la envidia de Africa, aumentó la diversidad y los tres países comenzaron a apartarse en forma definitiva. La ideología por sí sola no pudo registrar esta tendencia.

El recuento que hace el señor Nye sobre el quebrantamiento de las negociaciones federales durante la última mitad de 1963 es lo más completo publicado hasta el momento y ofrece algunos hechos novedosos y útiles y un nuevo énfasis. Uno de los aspectos más interesantes es su argumento de que el Baganda habría aceptado finalmente la federación si los otros líderes de Uganda hubieran solidarizado y que, contrariamente a lo que se ha supuesto en general, la reacción del Baganda fue la excusa más bien que la razón para que la delegación de Uganda utilizara tácticas dilatorias y ayudó a esconder temores más ocultos.

Esta interpretación es casi la más correcta, pero debe equilibrarse, pienso, con un análisis más penetrante de la actitud de Kenia que la que expone el señor Nye. Se supone en general que los líderes de Kenia, durante 1963, tuvieron un sólido compromiso por la federación y que la federación falló sólo por la reserva de Uganda. En realidad, resulta cada vez más evidente que, a pesar de que

algunos elementos de Kenia (especialmente aquellos que estaban realizando las negociaciones) tenían este compromiso, existía un sentimiento creciente, al menos entre algunos de los líderes del Kikuyu, que su posición en Kenia misma podría ser amenazada por extensión de la base de poder que incluyera a toda África Oriental. Si la delegación de Uganda no hubiera realizado el trabajo para ellos, parece casi seguro que este grupo habría encontrado algún medio para prevenir un acuerdo final. Esta es seguramente la razón por qué Kenia y Tangañica no marcharon solas a la cabeza y se federaron, aunque esto, en un momento al menos, fue requerido en forma urgente por Dar es Salaam.

Finalmente, ¿qué se puede decir del libro como unidad? Por muy interesante que sea en parte, queda al leerlo una curiosa sensación de insatisfacción. Por un lado, porque el concepto de federación que estaba en gran auge en el momento en que el autor comenzó el trabajo, ahora al menos ha debido ser abandonado. En cierto sentido, esta es mala suerte, pero uno puede lamentar que los factores que llevaron a esta conclusión y que estuvieron siempre presentes, no

hayan sido puestos de manifiesto. Por otra parte, este libro aparece cuando los estudios sobre África Oriental están en estado de flujo; cuando recién tenemos un conocimiento suficiente para ver que, en muchos aspectos, el autor está planeando sobre la superficie de los temas que utiliza, pero no lo bastante como para posibilitar que el libro fuera escrito sobre una base más sólida.

En realidad, muy a menudo el señor Nye parece estar comenzando y terminando con generalizaciones, en lugar de enfrentar conclusiones generales basadas en un estudio detallado de los hechos. Tal vez esto mismo lo hace poner énfasis en conceptos tan brumosos como la ideología y el Pan-Africanismo.

CATHERINE HOSKYNs

Universidad de Dar es Salaam.

(Catherine Hoskyns es autora del libro *El Congo desde su Independencia*, Londres, Oxford University Press, 1965. Es una experta en Ciencias Políticas y trabaja actualmente en el University College de Dar es Salaam. Este comentario apareció primero en *Transition* (Uganda), Nº 27, y se publica ahora con licencia de la autora.)

ASIA

THE FAR EAST IN THE MODERN WORLD. Franz H. Michael and George E. Taylor. (Edición revisada). New York: Holt, Rinehart and Winston. 1964. 850 p. Bibliografía. Índice.

Esta es una edición revisada de un macizo estudio del Lejano Oriente en los tiempos modernos publicado por

primera vez en 1956. Es, en el fondo, un texto y un libro de consulta, difícil de leer de principio a fin, pero útil de tener en la propia biblioteca particular. Como tal, muestra tanto las energías y las debilidades de este tipo de compendios. Es el libro adecuado para consultar al comprobar una fecha, un acontecimiento o un nombre, y sus secciones históricas re-

sumen la información necesaria, en una forma útil y con economía de esfuerzo. Pero los autores no tienen nunca el tiempo o el espacio suficiente para incluir opiniones diferentes o divergentes. En consecuencia, a pesar de que parecen ofrecer una narración estricta, objetiva, inevitablemente reflejan sus propias opiniones, sin que ello resulte aparente. Aumenta la dificultad por la falta de notas al pie de página, aun para documentar algunos de los "hechos" más dudosos. El sesgo más conspicuo de los autores es el prooccidental y el anti-comunista (esto se evidencia especialmente al tratar el tema de Vietnam desde 1954).

Sin embargo, se necesitaría un esfuerzo sobrehumano para evitar este sesgo al tratar un programa tan vasto y abigarrado de los asuntos asiáticos en un lapso tan largo como el que se abarca aquí. Es una empresa maciza y que vale la pena, que no todos habrían tenido la energía ni la paciencia de iniciar.

JOHN GITTINGS

Universidad de Chile.

THE CHINESE REVOLUTION OF 1911.

Chin-Tung Liang. *New York: St John's University Press. 1962. 59 p.* (N. 1 in the monograph series "Asia in the Modern World", published under the auspices of the Institute of Asian Studies, St John's University).

CHINA AT THE PARIS PEACE CONFERENCE IN 1919. Wunsz King. 1961. (N. 2 in the series "Asia in the Modern World"). 39 p.

CHINA AT THE WASHINGTON CONFERENCE 1921-1922. Wunsz King. 1963. 71 p. (N. 3 in the series "Asia in the Modern World").

CHINA AND THE NINE POWERS CONFERENCE AT BRUSSELS IN 1937. Tsien Tai. 1964. 37 p. (N. 4 in the series "Asia in the Modern World").

CHINA AND THE LEAGUE OF NATIONS: The Sino-Japanese Controversy. Wunsz King. 1965. 104 p. *Appendice.* (N. 5 in the series "Asia in the Modern World").

Los historiadores de China moderna han tratado de concentrarse, ya sea en el pasado más distante —el siglo diecinueve, dando énfasis especial al impacto del Occidente sobre China— o en el presente inmediato —China desde 1949 bajo el régimen comunista. El primer período puede observarse ahora en forma desapasionada y existe un abundante material de fuentes tanto en inglés como en chino, mucho del cual está escrito por observadores contemporáneos. El segundo período logra la atención de numerosos "expertos en asuntos comunistas" (muchos de los cuales no son sinólogos, que gozan del subsidio grosero por razones políticas obvias. El período intermedio de la revolución de 1911, los dioses de la guerra y la cúspide y caída del Kuomintang, está apenas esbozado. Por ejemplo, no existe una buena biografía de Sun Yat-Sen o de Chiang-Kai Shek. No hay una historia política del Kuomintang ni mucho menos del período de los "dioses de la guerra" (1915-27). Mucho de lo que se ha escrito en este período intermedio

toma la forma de monografías especializadas sobre temas específicos.

Las modestas publicaciones de la St. John's University, New York, sobre "Asia en el Mundo Moderno" (hasta ahora exclusivamente dedicadas a China), son monografías, pero llenan huecos importantes en nuestra laguna de conocimientos. La primera sobre la revolución de 1911, nos trae la única crónica concisa, detallada y aguda de los acontecimientos que este revisor conoce. Las cuatro restantes tratan de acontecimientos importantes dentro de las tentativas chinas, durante 1920 y 1930, para asegurar revisiones de tratados y tarifas y un soporte tangible en la guerra contra la invasión japonesa. No es una historia edificante. Desde la Conferencia de Paz de París, en 1919, cuando las potencias prefirieron conciliar con Japón en lugar de satisfacer la demanda legítima china por el retro-

ceso de Shantung, hasta la Conferencia de Bruselas, en 1937, que se redujo a una reprobación verbal de Japón, el asunto fue substancialmente el mismo.

Hubo un gran apoyo moral hacia China, pero muy poca acción práctica. Sólo cuando Estados Unidos se vio envuelto en la guerra en el Pacífico, China obtuvo un aporte material merecido en una escala insignificante. Estas cuatro monografías, escritas por participantes chinos en los acontecimientos descritos, requieren una lectura cuidadosa. Ayudan a explicar por qué China tiene tan pocas causas de gratitud hacia el Occidente, tanto en el siglo veinte como en el diecinueve.

JOHN GITTINGS

Universidad de Chile.